

iba á ser uncida como otras muchas—y en un día no muy lejano—al carro de la vencedora España. El hambre, la sed, la desnudez, las batallas, el temor de una muerte oscura, el continuo viajar por un país cálido y boscoso..... todo esto iba á desaparecer próximamente. El descanso, la abundancia, las encomiendas de indios, el oro y lá plata, de cuyo hallazgo no se desesperaba todavía, vendrían en cambio á recompensarles de tantos sinsabores y trabajos.

Imbuídos en estos sentimientos, los conquistadores trataron regiamente á sus huéspedes, con las provisiones—es verdad—que estos mismos habían traído; pero con aquel agasajo y obsequioso respeto que tanto estiman los que creen valer algo en el mundo. Tutul Xiu quedó tan satisfecho de esta acogida, que permaneció en el campamento dos meses, durante los cuales habló un poco de religión con el P. Hernández, y mucho con D. Francisco de Montejo sobre los medios que debían emplearse para alcanzar la sumisión de todo el país. Retiróse por fin á sus Estados, prometiendo al general español que muy pronto tendría noticia de sus trabajos.

El regocijo de los castellanos puede apreciarse por un hecho que no carece de interés. Luego que Tutul Xiu hubo explicado el motivo de su visita en la tienda de Montejo, se consultó el calendario para saber á qué santo se debía este favor especial de la Providencia, y se encontró que era día de San Ildefonso, quien fué desde luego proclamado patrón de la Colonia. Gracias á este rasgo de piedad, podemos decir á nuestros lectores que el importante hecho que acabamos de referir tuvo lugar el 23 de enero de 1541.

CAPÍTULO XII

1541-1542

Reflexiones sobre la conducta de Tutul Xiu.—Cumplimiento del pacto hecho con los españoles.—Nachi Cocom.—Su carácter.—Atentado que comete contra los embajadores de Maní.—Sus consecuencias.—Batalla del 11 de junio.—Relaciones de Montejo con los pueblos inmediatos á T-Hó.—Fundación de Mérida.

Discurriendo algunos historiadores sobre las causas que pudieron impulsar á Tutul Xiu á reconocer el dominio español sin combatir, han creído encontrarlas en la supersticiosa influencia que debían haber ejercido en su ánimo las profecías de Chilam Balam. Pero fuera de que lo maravilloso debía para siempre desterrarse de la Historia, creemos haber demostrado ya con argumentos sólidos (1) que los vaticinios atribuidos á los profetas mayas fueron fraguados en los tiempos posteriores á la conquista; y que en cuanto á la poesía de que se declara autor á Balam—en caso de haber existido este personaje—nada tiene ciertamente de profética. Poco pudo influir, por consiguiente, en el ánimo del príncipe de Maní, y evidentemente es necesario acudir á otra fuente para explicar su conducta.

Basta echar una ojeada sobre el mapa de Yucatán y recordar algo de su antigua historia, para comprender la difícil situación á que se hallaba reducido Tutul Xiu en los

(1) Capítulo V de este libro.

momentos en que la Península era invadida por los españoles. La revolución que un siglo antes había estallado en el país, había reducido considerablemente los dominios de su familia y los había encerrado dentro de un círculo de hierro que condenaba á sus jefes á la impotencia. El señorío de Maní tenía al Oriente á los Cocomes, rivales y enemigos implacables de la casa de los Xius; al Norte, á los Cheles, rama destacada de la dinastía de Cocom, y al Oeste á la provincia de Acanul, cuyos habitantes podían ser todavía considerados como extranjeros, y cuyo cacique se había hecho aliado de Montejo en 1529.

Durante la primera invasión española, Tutul Xiu permaneció tranquilo en sus Estados, porque la guerra se limitó á la región oriental de la Península. Pero cuando doce años después el sobrino del Adelantado ocupó á T-Hó y alcanzó en seguida la victoria de Xpeual, aquel príncipe comprendió que el territorio de Maní no tardaría en ser invadido y que sus vecinos los Cocomes, los Cheles y los hijos de Acanul, en vez de auxiliarle, contemplarían gozosos su derrota. Y no dudaba del mal éxito de una batalla con los españoles, porque hartos se lo hacían adivinar la exigüidad de su ejército y la fama de invencibles de que gozaban aquéllos. Todas estas consideraciones acudieron sin duda al ánimo del monarca indio, y entre derramar inútilmente la sangre de sus vasallos y solicitar la amistad de los invasores, se decidió por el último extremo. Ya hemos visto cómo cumplió esta decisión y cómo fué más allá tal vez de lo que había imaginado, ofreciendo ayudar á Montejo en su empresa.

Dado el primer paso en el plan de conducta que se había trazado, Tutul Xiu fué consecuente hasta el fin á sus nuevos aliados. Luego que estuvo de vuelta en Maní, convocó á los caciques y á los sacerdotes de los pueblos que dependían de él, y les comunicó la alianza que acababa de celebrar con los españoles. La asamblea aprobó por unanimidad

su conducta, penetrada sin duda de los graves motivos que la habían dictado. Entonces Tutul Xiu reunió á los mismos personajes que le habían acompañado á T-Hó, y les confió una embajada para *Nachi Cocom*, que á la sazón ocupaba el trono de Sotuta, y otra para los *Cupules* (2), que, como hemos dicho en otra parte, dominaban la región oriental, hacia el lugar donde después se erigió la villa de Valladolid.

Recibidas las instrucciones de su señor, los embajadores se pusieron inmediatamente en camino, y llegados á Sotuta é introducidos á la presencia del cacique, expusieron en estos términos el objeto de su misión. Dijeron que el país de los mayas estaba pasando en aquel instante por la crisis más terrible que recordaban los siglos; que los hombres blancos, que disponían del trueno y del rayo para aniquilar á sus enemigos, habían vuelto á poner los pies en la Península; que en tan grave conflicto para la patria, todos los príncipes mayas debían echar en olvido el odio hereditario que los dividía entre sí, y ponerse de acuerdo para conjurar la tormenta, próxima á estallar sobre las cabezas de todos; que las victorias que los españoles habían alcanzado, no sólo en Yucatán, sino en otras provincias remotas y muy poderosas, como la de Moteuczoma, habían hecho comprender á Tutul Xiu que eran invencibles; que por este motivo había hecho la amistad con ellos; que exhortaba á Nachi Cocom á que hiciese lo mismo, y que, por último, procuraría que todos los príncipes de la tierra imitasen su ejemplo, á fin de evitar los horrores que acompañan siempre á una guerra de conquista.

(2) COGOLLUDO les da el nombre de *Kupules*; pero como este apellido maya no existe, y si el de Cupul, hemos creído que este historiador padeció una equivocación, dimanada probablemente de que los papeles que consultó fueron escritos por algún soldado español que desconocía completamente la ortografía india.

Nachi Cocom escuchó atentamente á los embajadores y prometió dar su respuesta dentro de cinco días, tiempo que consideraba necesario, dijo, para consultar la voluntad de su pueblo. Convocó con este objeto una junta á que asistieron todos los grandes vasallos del cacicazgo, y cuyas deliberaciones fueron tan secretas, que nadie en el público pudo traslucir la resolución que en ella se hubiese tomado. Terminada esta formalidad, á que los príncipes mayas solían acudir en las grandes ocasiones, los embajadores de Maní fueron invitados á pasar á un sitio despoblado, llamado Otmal, donde, según se les dijo, el cacique de Sotuta les comunicaría su decisión.

Acudieron al lugar de la cita, y quedaron muy complacidos de las grandes fiestas que se habían preparado para obsequiarlos. Una de éstas era la gran caza de montería, á que todavía son muy aficionados los indios, y la cual dan en su idioma el nombre de *ppuh*. Los vasallos de Tutul Xiu se mezclaron con los de Cocom, se esparcieron indistintamente por el campo y, con una alegría frenética, se entregaron todos á su diversión favorita. En la tarde volvieron á reunirse para comer en común el producto de su caza, y la cerveza india, que corrió en abundancia, vino á poner el colmo á la esplendidez del banquete. Tres días duraron estas fiestas, en las cuales el anfitrión pareció esforzarse con su amabilidad y magnificencia en hacer olvidar el odio secular que había dividido á los dos pueblos representados allí.

En la tarde del tercer día, el banquete se celebró bajo un frondoso árbol de zapote, cuyas ramas cubrían con su sombra á todos los convidados. Se había cumplido el término que el señor de Sotuta había exigido para dar su respuesta al mensaje de Tutul Xiu, y los enviados de éste la auguraban muy buena, en vista del agasajo con que eran tratados. Pero hacia el fin de la comida, y cuando los incautos embajadores estaban sin duda un tanto beodos, los vasallos

de Cocom se arrojaron súbitamente sobre ellos y los asesinaron sin piedad, acompañando con palabras injuriosas y soeces este acto de barbarie. *Kin Chi* fué el único á quien respetó el puñal de los asesinos; pero Nachi Cocom ordenó en seguida que le sacasen los ojos con una flecha, y mientras el infeliz se retorció con los dolores que le causaban sus heridas y se enjugaba la sangre que inundaba su rostro, el autor de su desventura hizo llegar á sus oídos estas palabras: «Contarás á tu señor lo que has visto; le dirás que esa es la respuesta que doy á su mensaje y el castigo que impongo á su cobardía» (3).

Cuatro capitanes se apoderaron entonces del pobre ciego, y sirviéndole uno de lazarillo, le condujeron hasta la frontera de la provincia de Maní, donde le abandonaron á su suerte. *Kin Chi* comenzó á dar gritos luego que se sintió solo; algunos caminantes acudieron en su auxilio, y conducido á la presencia de Tutul Xiu, dió cuenta á éste del sangriento éxito de su embajada.

(3) LANDA, y aun el bachiller VALENCIA, según el mismo COGOLLUDO, colocan este suceso en una época anterior. Dice el primero que, á consecuencia del hambre que reinó en la Península después de la primera invasión española, el cacique de Maní determinó hacer un sacrificio solemne en Chichén Itzá para implorar el favor de los dioses en aquella calamidad pública. Que con este motivo pidió licencia á Cocom para pasar por sus Estados, el cual se la otorgó. Pero que luego que Tutul Xiu y sus principales capitanes llegaron á Sotuta, Cocom mandó prender fuego á las casas donde habían sido alojados, haciendo asesinar á los que pretendieron huir de las llamas. (*Relación de las cosas de Yucatán*, § XIV.) Nuestros lectores darán á esta relación el crédito que les parezca. En cuanto á nosotros, ya hemos manifestado las razones que nos hacen preferir á COGOLLUDO.—Hay en favor de la versión asentada en el texto una pintura que conservan todavía los habitantes de Maní, y que parece haber sido ejecutada en los primeros años de la dominación española. Está hecha en tela de algodón, y representa un escudo de armas orlado con las cabezas de los embajadores asesinados, entre las cuales se distingue la de *Kin Chi*, por tener clavada en la sien la flecha con que le sacaron los ojos. Ocupa el centro del escudo un árbol corpulento, que representa el zapote bajo el cual se cometió el asesinato, y que hasta el año 1842 se conservaba todavía en pie, según aseguraron á STEPHENS los indios de aquella población. (STEPHENS, *Viaje á Yucatán*, tomo II, capítulo XXV.)

El atentado de Nachi Cocom no tenía precedentes en la historia de los mayas; la persona de un embajador había sido considerada siempre como inviolable, cualquiera que fuese el objeto de su misión, y el cacique de Maní, que pecaba de bondadoso y confiado, lloró por mucho tiempo la gran pérdida que había experimentado con la muerte de sus principales vasallos. Adivinó, además, en esta transgresión del derecho de gentes americano, que el rival de su dinastía estaba dispuesto á llevar su odio hasta un extremo que aun no podía preverse, y así cuidó de participarlo á sus aliados los españoles.

Francisco de Montejo recibió la infausta noticia en los momentos en que creía más asegurada que nunca su empresa. Varios caciques de las inmediaciones de T-Hó se habían presentado en su campamento á reconocer espontáneamente el señorío del rey de Castilla, y los presentes con que habían acompañado este acto de sumisión hacían reinar la abundancia y la alegría entre su pequeño ejército. Afectó no dar mucho valor al suceso que le comunicó el mensajero de Maní; pero hizo todos los preparativos necesarios para ponerse al abrigo de cualquiera sorpresa.

Entretanto, Nachi Cocom no estaba ocioso. Este príncipe, descendiente de aquella antigua casa que Kukulcán había elegido en otro tiempo para regir los destinos de los mayas, estaba muy orgulloso de su origen, que creía divino; y como se había cuidado de instruirle en la historia de su patria, sabía muy bien que un Tutul Xiu había acaudillado el movimiento que arrojó á sus mayores del trono de Mayalpán. Veía en el último descendiente de este caudillo un detentador de los derechos señoriales que él creía poseer sobre una gran parte de la Península, y por esta razón, y no por otra alguna, que sepamos, aborreció desde sus primeros años al cacique de Maní. Por la misma razón aborreció á los españoles desde el instante en que desem-

barcaron en el país con la pretensión de someterlo por medio de las armas. No se admiró mucho de que se hubiese aliado con ellos Tutul Xiu; porque teniendo á éste casi por tan extranjero como á Montejo, le pareció muy natural que aquellos dos usurpadores se reuniesen para repartirse entre sí los despojos del señor legítimo de la tierra. Pero esta alianza, aunque esperada y temida á la vez, hizo rebosar el odio en su corazón, y juró vengarse de una manera digna de su raza. Exaltóse hasta el frenesí su patriotismo, si es que merece este nombre el empeño que los reyes ponen en conservar el dominio sobre sus vasallos, y ya hemos visto hasta qué extremo lo llevó con los embajadores de su crédulo rival.

Después del atentado de Otmal, que era por sí mismo una declaración de guerra, numerosos embajadores se destacaron de Sotuta hacia la región comprendida entre la ciudad de Itzmal y el territorio de los Cupules. Era una cruzada que Nachi Cocom promovía contra los españoles, invitando á todos los pueblos orientales á reunir sus fuerzas con las de Sotuta, para caer un día determinado sobre T-Hó. Los mensajeros supieron comunicar á los caciques de estos pueblos el fuego que ardía en las venas de su señor, y todos prometieron concurrir al lugar de la cita con el mayor número de fuerzas que pudiesen levantar.

En la tarde del 10 de junio de 1541 se descolgó sobre el campamento de T-Hó una nube espesísima de indios, tal cual jamás la habían visto los españoles en Yucatán. Las probanzas que consultó Cogolludo para trazar su historia, hacen ascender el número de aquéllos á una cantidad que difiere de cuarenta á sesenta mil. Cualquiera que fuese, era bastante desproporcionado al de doscientos cincuenta españoles que poco más ó menos tenía consigo Montejo. Es probable, sin embargo, que este último número hubiese sido aumentado con algunos indios aliados, suposición que nos autorizan á hacer las relaciones que los castellanos te-

nian ya en el país y el deseo que debía alimentar Tutul Xiu de vengar la muerte de sus embajadores.

Los agresores emplearon la tarde de su llegada, y la noche que sobrevino luego, en levantar trincheras y empalizadas para su defensa, y en amontonar toda clase de obstáculos alrededor del campamento, para evitar que se fugasen sus enemigos, á quienes ya tenían por vencidos. Todo este aparato no intimidó á los españoles, y al despuntar la aurora del día siguiente, infantes y jinetes descendieron majestuosamente del cerro, entre la gritería inmensa con que los indios saludaban el principio de la batalla.

Esta fué una de las más encarnizadas que se libraron en el decurso de la conquista, y los castellanos, á pesar de la confianza que afectaban, debieron haber sentido más de un estremecimiento al calcular la fuerza de sus enemigos por las nubes de flechas que atravesaban el aire. Es verdad que las armas de fuego hacían una carnicería espantosa en aquellas masas compactas de gente desnuda; pero los muertos desaparecían al instante y ocupaba su lugar un número igual de vivos, que arrojaban flechas á centenares y herían con sus espadas de pedernal al que osaba acercarse. La caballería hacía también prodigios de valor; pero los mayas ya tenían muy poco temor á estos monstruos de la guerra, y más de un jinete pagó cara su temeridad de arrojarse entre las filas de los agresores.

Al cabo de algunas horas de combate, los castellanos creyeron haber triunfado de sus enemigos con quitarles algunas trincheras que éstos habían defendido con tenacidad. Pero se encontraron con que más allá de estas fortificaciones los indios habían construído otras, tras de las cuales se detuvieron á empeñar de nuevo el combate. Y la lucha siguió por entonces tan tenaz y desesperada como había comenzado. Los españoles, que peleaban á pecho descubierto, solían guarecerse tras los cadáveres de sus enemigos, que en gran número andaban regados por el campo.

Comenzaba el sol á declinar hacia el Occidente, cuando los indios, que habían ido retrocediendo de trincheras en trincheras, perdieron la última línea de fortificaciones que habían levantado, y entonces echaron á correr por los bosques, poseídos del pánico de su derrota. Los castellanos les siguieron un buen trecho; pero satisfechos á poco rato de la difícil victoria que habían alcanzado, se volvieron á su campamento á dar gracias á la Providencia por el peligro de que se había dignado librarlos. Otra vez ocurrieron al santoral, y habiendo hallado que aquel era el día en que la Iglesia celebra á San Bernabé, apóstol, lo aclamaron por patrón de la ciudad que pensaban erigir en T-Hó, aunque seis meses antes habían hecho un voto igual en favor de San Ildefonso.

La victoria del 11 de junio fué decisiva en favor de los españoles. Los indios no volvieron á dar ninguna batalla campal desde entonces, y la débil guerra que en lo sucesivo hicieron á sus enemigos, se redujo á emboscadas y escaramuzas. Francisco de Montejo aprovechó esta coincidencia para afirmar sus relaciones de amistad con los caciques circunvecinos; cuando entró el año 1542, el dominio español era ya reconocido en un radio de cuarenta á cincuenta millas alrededor de su campamento.

El capitán general comprendió entonces que convenía ya echar los cimientos de la futura capital de la Colonia en aquella ciudad monumental de los mayas, previamente escogida por su padre y que estaba ya identificada con los sucesos más importantes de la conquista. El nombre de la ciudad estaba designado de antemano. A la vista de los grandes edificios que descollaban sobre las colinas artificiales de T-Hó, y entre cuyos escombros se arraigaban árboles seculares, los invasores trajeron á su memoria aquella *Emérita* romana de la antigua Lusitania, cuyo anfiteatro en ruinas revela todavía el poder de la nación que lo construyó. El nombre de *Mérida* corrió de boca en boca, y

el jefe del ejército lo adoptó oficialmente en el acto de la fundación (4).

Este hecho importante de nuestra historia tuvo lugar el día 6 de enero de 1542. Francisco de Montejo reunió en su alojamiento á un gran número de sus compatriotas, y presente el escribano Rodrigo Alvarez, con un acento que las circunstancias debían hacer solemne, dijo: que en virtud de los poderes que tenía de su padre, había venido á la provincia de Yucatán con el ánimo de cristianizarla y sujetarla al dominio del rey de Castilla; que uno de los medios más eficaces para conseguir este doble objeto, era el de fundar villas y ciudades que hiciesen comprender á los mayas la determinación que los españoles habían tomado de arraigarse en el país; que la fundación de San Francisco de Campeche había dado el brillante resultado de que se pacificasen los pueblos circunvecinos; que también se había conseguido la pacificación de la provincia de Cehpech, en que se hallaban, de la de Acanul, Maní y otras comarcas; que aun se conservaban indómitas las de Sotuta, Chocá y Bakhalal, y que, finalmente, siendo necesario fundar una colonia en el corazón del país, que sirviera para mantener la sujeción de las unas y conseguir la de las otras, él, Francisco de Montejo, en su calidad de teniente de gobernador, justicia mayor, repartidor y capitán general, fundaba en el asiento de *T-Hó* una población española con el nombre de *ciudad de Mérida*, sobre la cual invocaba las bendiciones del cielo, puesto que se fundaba con el objeto principal de extirpar la idolatría de toda la Península (5).

El escribano ya mencionado levantó un acta en que constaban todas estas razones, y la suscribió, en unión del

(4) LANDA, *Relación de las cosas de Yucatán*, § XLII.—BIENVENIDA, *Carta fecha en Yucatán á 10 de Hebrero de 1548*, que se conserva en el Archivo de Simancas, donde probablemente la consultó el abate BRASSEUR.

(5) Colocamos en el Apéndice los trozos originales del auto de fundación, que nos conservó COGOLLUDO. Véase el número 6.

fundador de la ciudad, entre las aclamaciones y vítores de todos los circunstantes. Terminada esta solemnidad, Francisco de Montejo procedió al nombramiento de funcionarios públicos, en virtud del poder omnímoto que confería á su padre y á sus sucesores la capitulación de 8 de diciembre de 1526. Designó para alcaldes al capitán Gaspar Pacheco y á Alonso de Reinoso, y para regidores á Jorge de Villagómez, Francisco de Bracamonte, Francisco de Zieza, Gonzalo Méndez, Juan de Urrutia, Luis Díaz, Hernando de Aguilar, Pedro Galiano, Francisco de Berrio, Pedro Díaz, Pedro Costilla y Alonso Arévalo. Unos y otros prestaron el juramento de estilo ante el teniente de gobernador, y desde el día siguiente tomaron posesión de sus respectivos encargos y comenzaron á ejercer sus funciones.

La Historia, no sólo ha conservado los nombres de los primeros funcionarios públicos que tuvo la ciudad, sino también el de los demás vecinos que se establecieron en ella hasta completar el número de ciento, fijado en el acta de fundación. Como para nosotros, los yucatecos, no deja de tener interés cualquier pormenor enlazado con los primitivos tiempos de la Colonia, colocamos en el Apéndice una relación de aquéllos, tal cual la hemos encontrado en la obra de Cogolludo. Sólo falta en ella el nombre del teniente de gobernador, Francisco de Montejo, que fué, sin embargo, el primero á quien libró el Ayuntamiento su carta de vecindad.

(6) Consúltese el número 7.